

LUCHAR,

SOÑAR,

VIVIR

*Blai Signes Fort*

21/09/2015

*A Jordi Oltra Sastre, amigo, compañero de lucha, enamorado de la vida y de la escritura.*

*A Pepa Salavert, bibliotecaria del Hospital La Fe, por impulsar la escritura y la lectura entre los enfermos y por hacer posible la existencia de un concurso tan bonito como éste.*

*A todas y todos los enfermos de hematología de quien tanto he aprendido y a quien tanto admiro por su valor y coraje, especialmente a Nerea, Carlos, Jordi y a los "Piratas".*

*A todas y todos los trabajadores de la sanidad pública que con tanta humanidad me han tratado siempre, especialmente a los hematólogos Noemí, Susana, Jaime, Isidro, Pau, María y Guillermo Martín, a los enfermeros de la planta de hematología Xavi, Paqui y Carmen, a las enfermeras del Hospital de Día Amparo, Berta, Roseta, Conxa y Ana Mari.*

*A todos mis amigos y amigas por ayudarme en todo aquello que pudieron mientras estaba enfermo, especialmente a Bernardo.*

*A mis compañeros y compañeras de "Deporte y Trasplante España" por transmitir mediante el deporte, la vital necesidad de la donación de órganos, sangre y médula ósea, especialmente a Mateo y a mi ídolo deportivo César.*

*A toda la gente de la Pilota Valenciana, por ayudar a que me brillen los ojos cuando juego o cuando estoy dentro de un trinquet, especialmente a mi amigo, sobrino y "hermano" Josep.*

*A todas y todos los compañeros del Erasmus en Foggia, por hacer de aquel, un año increíble, especialmente a mis compañeros de piso Puras, Sara y Natalia.*

*A todas las maravillosas personas de la carrera de medicina que he conocido una vez recuperado, especialmente a Marc y Guillem por todo aquello que hemos compartido, por su incondicional amistad y porque no me imagino una carrera de medicina sin ellos, a los miembros de "La Élite" y del "Garrofera", a María Sol, a Marta por ayudarme en mi primer examen MIR, a Irene por ser una excelente compañera de piso y una mejor persona, a Marina por ser la dulzura en persona y a Ana, por tener unos ojos que desprenden pura energía y por todos los valores que he aprendido y aprenderé de ella.*

*A todas y todos los donantes de sangre y de médula ósea que han permitido que continúe vivo y que salvan tantas vidas diariamente.*

*Y como no, a toda mi familia por quererme tanto y por hacerme sentir ese aprecio, especialmente a mi padre Vicent y a mi madre Edel.*

¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Por qué no se acaba ya esta pesadilla? ¿Por qué no me curo ya? ¡Pero es que si yo no he hecho nada malo cojones! ¡Porque che!, ¿por qué?

Estas preguntas, creo que son intrínsecas a los inicios de la convivencia con una grave enfermedad. Me las hacía prácticamente todas las noches durante el primer mes de enfermedad. Ese primer mes, los inicios, son psicológicamente, los más complicados. Pasas, de la noche a la mañana, de ser una persona completamente sana, con un futuro planeado y encarrilado, a ser una persona muy enferma y con una alta probabilidad de morir. Y tu mente se descontrola, empiezas a hacerte esas preguntas, empiezas a pensar que nunca saldrás de esa situación, y no encuentras la manera de serenarte. Los días pasan, y sólo hay dos caminos: un camino es torturarte y calentarte la cabeza con esa clase de preguntas, que no hacen más que hundirte los ánimos, y el otro camino, es dejar de hacerte preguntas sin respuesta, preguntas estúpidas, y empezar a hacerle frente mentalmente a la enfermedad. Porque, de las primeras cosas que aprendí cuando estuve tan enfermo, es a decirme a mí mismo que tal vez la enfermedad había penetrado en mi cuerpo, pero que para nada debía dejar que penetrara en mi ser, mis ganas de vivir debían permanecer intactas e infranqueables. Esa es la batalla que ningún enfermo debe permitirse perder. Podremos sufrir largos ingresos, cirugías que nos debiliten muchísimo, nos administrarán fármacos, como la quimioterapia, que arrasarán nuestro cuerpo, y un largo etcétera de putadas más, pero nos tenemos que hacer fuertes y elegir el camino de la lucha, de la persistencia, de la tenacidad, y pensar que llegarán los días en los cuales la vida nos devuelva esa sonrisa que se ha llevado por una temporada. Y ese es el camino que muy pronto supe que tenía que escoger.

Mi segundo ingreso, un ingreso que duró veintiún días, fue ya el punto de inflexión, un ingreso donde yo ya vi que estaba madurando, que estaba aprendiendo a combatir la enfermedad. Recuerdo que, en una de esas interminables noches, porque las noches en el hospital pueden convertirse en inmensas catedrales para no dormir, estaba sufriendo un dolor infernal debido a un efecto secundario de uno de los fármacos que me estaban administrando, además de no poder dormir por estar continuamente despertándome para ir a

mear los litros y litros de líquidos que te administran por los goteros. Esa noche, la madrugada del dos al tres de septiembre de 2005, me propuse sacarle la parte positiva a todo aquello que me estaba ocurriendo. Creo que no me acababa de creer a mí mismo, pero a la mañana siguiente me lo volví a repetir. Y es que una vez te ha tocado vivir y experimentar una cruenta situación, ¿por qué no revertirla, al menos psicológicamente, e intentar exprimirle todo el zumo posible, intentar sacarle toda aquella parte positiva que tiene el hecho de sufrir una enfermedad que me tuvo dos años y medio entre la espada y la pared?

Y, paradójicamente, la enfermedad me ha dado muchísimo, me ha aportado una infinidad de vivencias, valores y sentimientos que nunca me habría imaginado que podría experimentar.

Uno de ellos es esto que estoy haciendo ahora, escribir. La psicóloga, Beatriz, una persona extraordinaria, pasaba dos días a la semana a visitarnos a los enfermos de hematología, y en una de sus primeras conversaciones conmigo, me sugirió que para mitigar lo que me estaba pasando, podría probar a escribir. Desde aquel día no paré de hacerlo. Escribía correos electrónicos a mis amigos y amigas contándoles como me iban las cosas, intentando plasmar en los correos muchos de mis pensamientos. Además, siempre traía conmigo un cuaderno donde ir anotando ideas, versos, pensamientos, pequeños relatos. Y es que escribiendo, logras un estado de libertad y felicidad que ninguna enfermedad puede franquear.

La enfermedad también me permitió conocer el valor real de la amistad. Por nuestras vidas pasan muchísimas personas. Muchas veces confundimos los términos y catalogamos como amigos o amigas a personas que realmente sólo son conocidos o conocidas. Y es la enfermedad la que me permitió diferenciar. Presencié como personas a quienes consideraba verdaderos amigos me dieron la espalda en los momentos más duros. Pero, no es con esas personas con quienes me quedo. Fueron muchas más quienes me animaron desde el primer momento, muchas las personas que estaban siempre atentas, muchas las que se hicieron donantes de médula ósea para ver si eran compatibles conmigo. Y, por supuesto, mi mejor amigo, Bernardo, una persona

excelente en todos los aspectos, con unos valores humanos extraordinarios, estuvo siempre a mi lado. Siempre que venía a verme me hablaba cómo si yo no estuviera enfermo, me hablaba cómo si estuviésemos los dos entrenando en el campo de fútbol de Carlet, nuestro pueblo, o cómo si estuviésemos tomándonos una cerveza. Me contaba las cosas y las anécdotas de una manera tan peculiar y natural, que hacía que yo, esos momentos, mentalmente, dejaba de estar postrado en una cama de hospital o postrado en el sofá de casa.

Al mismo tiempo que aprendí el valor de la amistad, también aprendí a convivir con la soledad, incluso estando completamente apoyado por mis padres y por mi familia y amigos, un apoyo increíble que nunca olvidaré. Pero, hubo muchos momentos a lo largo de mi enfermedad, donde sencillamente me encontraba solo. Rodeado de muchas personas que me querían muchísimo y llegas a sentirte solo. Puede parecer una cosa incomprensible, pero hablándolo con otros compañeros de enfermedad, he visto que no era el único en sentirse de esa manera. Estábamos mis pensamientos, la soledad y yo. Y, a pesar de que ese sentimiento podría parecer triste, para mí no lo es. Comprendí que la felicidad de una persona no puede depender de nadie, sólo de ti mismo. Tu vida no puede estar ligada a la de otra, de tal manera que, si esa persona te falla, tú dejas de ser feliz. Esto no puede ocurrir. La felicidad de una persona sólo radica en ella misma. Y creo que esto sólo se puede comprender cuando experimentas esa sensación de soledad. Eso sí, también aprendí, y como muy bien dijo el peculiar personaje Alex Supertramp, que la felicidad sólo es verdadera cuando es compartida. Compartir momentos y vivencias que me hacen feliz con las personas que más me estiman, es una cosa sencillamente espectacular.

Cuando estás tan enfermo convives muy de cerca con la muerte. Fueron muchos los compañeros y compañeras que murieron a lo largo de los más de dos años que estuve enfermo. A veces, me preguntaba a mí mismo si yo sería el siguiente. Al principio de la enfermedad, tenía mucho miedo a morirme, mucho miedo de que se acabara mi vida con tan sólo veintitrés años y no poder continuar creciendo y aprendiendo, mucho miedo de no poder disfrutar nunca más de la vida. Tenía miedo de dejar a mis padres sin su único hijo, y

observando sus ojos, sabía que si yo moría, psicológicamente morirían ellos conmigo. Mientras avanzaba la enfermedad, maduró mi idea sobre la muerte. Llegué a un punto donde cambié ese sentimiento de miedo por un sentimiento de respeto. Es un sentimiento y unas ideas difíciles de explicar. Pensé, y continúo pensando, que la muerte es parte de la vida. Tarde o temprano llegará mi momento, siendo imposible ni pararlo ni saber cuándo vendrá, así que, para mí, es ilógico tenerle miedo a la muerte. Decidí que no me llevaba a ningún lugar pensar continuamente en ella, y que tenía que disfrutar de cada segundo, de cada instante, de cada vivencia. Aun sabiendo que tenía unas cuántas papeletas de más compradas en la lotería de la muerte, la idea de morirme pasó a un segundo plano.

La enfermedad también me permitió saber qué quería hacer cuando me recuperara. Caí enfermo cuando sólo me quedaba el proyecto final de carrera de Ingeniería Superior en Informática, proyecto que terminé entre hospitalización y hospitalización. Pero, estando en el hospital, descubrí mi vocación: ser médico y especializarme en hematología. Tenía muchísimas ganas de recuperarme y poder curar a personas que, desgraciadamente, puedan sufrir una enfermedad tan grave como la mía, y atenderlas de la manera más humana posible, tal como me habían tratado a mí mis hematólogos. Era el sueño que más me ayudaba a aferrarme a la vida, en el que más pensaba en los momentos más difíciles. Recuerdo cerrar los puños y desear con todas las fuerzas del mundo curarme para poder cumplirlo. Meses más tarde de mi trasplante de médula ósea, cuando todavía tenía que ir a sesiones de medicación intravenosa al Hospital de Día, empecé la carrera de medicina. Y pasados los seis años de carrera y el estudio del examen MIR, concretamente el 22 de abril de este año 2015, elegí una plaza de hematología e hice realidad mi sueño. Minutos antes de la elección, mis ojos, mi cuerpo y mi corazón se llenaron de lágrimas. Eran lágrimas cargadas de sentimientos, cargadas de recuerdos. Todo lo que había sufrido, todo lo que habían sufrido los míos por mí, se concentró en un instante de gloria, un instante que recordaré por siempre jamás, el instante que pulsé la tecla de un ordenador en el Ministerio de Sanidad que me proclamaba como residente de hematología.

Pero con el cumplimiento de ese sueño no acaba ni todo, ni nada. En uno de mis cuadernos, hay una nota que escribí durante el ingreso de mi trasplante, cuando estaba en la habitación de aislamiento, y que dice lo siguiente:

*“Cosas a hacer cuando me cure, cuando destroce a la enfermedad:*

*Diría una infinidad de cosas, son muchos los sueños que tengo ganas de cumplir, pero voy a quedarme con el que para mí es el más importante y que, además, no acabará nunca:*

*- Quiero ser y estar siempre feliz, quiero continuar disfrutando de las pequeñas cosas, de las pequeñas vivencias, que sumándolas todas y cada una, hacen que la vida sea el mejor regalo que podamos atesorar, ¡hacen que la vida sea maravillosa!” (Habitación 539, 24 de noviembre de 2006)*

Y de esto es de lo que más orgulloso y más contento estoy de todo el proceso de mi enfermedad. De haber sabido cambiar la peor de las experiencias de mi vida, en una experiencia de la cual aprender y madurar, de la cual absorber cualquier hecho positivo que pudiera aportarme. La enfermedad forma parte de quién soy. No olvidaré nunca por lo que pasé, todo aquello que aprendí, a todas aquellas bellísimas personas que pude conocer. La enfermedad me hizo ver que la vida es preciosa y excitante. Desde aquella época, disfruto de cada instante de mi vida. He cumplido un gran sueño, pero ¡hay tantos por cumplir, hay infinitas experiencias y vivencias que todavía quedan por experimentar! Para ser feliz no hay que buscar y perseguir un gran sueño, yo me conformo con los pequeños sueños, con las pequeñas vivencias, esas vivencias que sé que hacen que mis ojos brillen de felicidad: pasear, viajar, sonreír, jugar al trinquet, escaparme a la montaña, hacer nuevas amistades, enamorarme... Estas pequeñas cosas y muchas más, hacen que mi corazón, mi “yo”, se mantenga eternamente feliz.

La enfermedad se llevó a muchos compañeros de lucha, se llevó parte de mi juventud e, incluso, se llevó un trozo de mi pulmón izquierdo, me ha dejado una cojera y una pierna derecha literalmente destrozada por los efectos secundarios de los medicamentos, pero no pudo llevarse mi sonrisa. Cómo

decía en uno de los correos electrónicos que envié a mis amigos cuando estaba muy enfermo: serán necesarias muchas apias medulares, muchas pseudomonas aeruginosas, muchos aspergillus invasores, mucha quimioterapia y muchos ingresos, para quitarme la sonrisa y para arrebatarme la esperanza de luchar por la vida, una vida llena de sueños e ilusiones.

Una enfermedad es una experiencia que no le deseo a nadie. Me gustaría que nunca nadie tuviera que pasar por lo que yo pasé o por alguna experiencia similar. Muchas de esas enfermedades nos vienen sin haber hecho nada por padecerlas, sin haber jugado a su lotería. Pero, una vez te ha tocado el desgraciado premio, se tiene que luchar día a día para que la enfermedad no te gane la partida. Se tiene que luchar para ir ganando, poco a poco, cada una de las batallas que te presentará tanto la enfermedad como la vida. Se tiene que mantener siempre la esperanza de que la situación se revertirá y, por encima de todo, se tiene que soñar y continuar soñando siempre, porque soñar y vivir van cogidos de la mano, y mientras soñamos, estamos manteniendo encendida, más que nunca, la llama de la vida.